

CAPÍTULO XVIII

LA RESTAURACION INGLESA.

Cromwell no había trastornado las antiguas instituciones del reino, pues sus ataques eran de aquellos que se dejan sentir en lo futuro, y no en lo presente. Los elementos de la constitucion, el sistema de la propiedad y de la legislacion, la liturgia, el símbolo habian permanecido. Cerróse la cámara de los lores, pero no se les desposeyó de sus títulos; una gran parte de la nobleza se habia asociado al pueblo contra el rey. Era, pues, posible restablecer el antiguo equilibrio sin grandes esfuerzos, tanto más cuanto que se habia adquirido mayor esperiencia.

La restauracion de los Estuardos fué un acontecimiento nacional en atencion á que se presentaban con los méritos de un antiguo gobierno que se unia á los recuerdos del país, y otro nuevo exento aun de culpas. Las creencias enérgicas comenzaban á parecer ridículas, y se obedecía. Este fué sin duda un bien después de tantos males; pero Monk hubiera debido hacer estipulaciones con el rey para asegurar las libertades obtenidas durante la Revolucion, y evitar debates que pronto volvieron á nacer, porque los derechos se encontraban mal determinados.

Cárlos volvia déspota como lo habian sido sus abuelos; sin embargo, amable y benévolo, más de lo que prometia su carácter áspero; educado en el infortunio hizo concebir buena opinion de sí con el perdon, la dulzura y la tolerancia al presentarse á un pueblo cansado de agitaciones; licenció el ejército, devolvió su independenciam á la Escocia, y se rodeó de personas dignas. Los que han desertado la causa de la libertad son excelentes instrumentos contra ella, y los cobardes aduladores de Cromwell se apresuraron á merecer con nuevas bajezas el favor de Cárlos II. Un parlamento que duró diez y ocho años, y fué más realista que lo que se atrevia á ser el mismo rey, se hubiera visto

precisado obrando contra lo pasado á establecer un tirano, si el conde de Clarendon, canceller del reino, no se hubiese opuesto á él.

Pero Cárlos II era uno de aquellos príncipes débiles, que no atreviéndose á ejercer la tirania, recurrió á la arbitrariedad. De un carácter indolente preferia la disipacion y el poder á los negocios, escuchaba á los bufones más bien que á sus ministros; hizo ejecutar á diez de los jueces que habian condenado á su padre, y exhumar los cadáveres de los que habian muerto. Gran cazador, tenia un excelente perro para las zorras, se deleitaba en las riñas de gallos; disipaba en magnificencias los subsidios que le concedia el parlamento; olvidaba los beneficios; se acordaba de las injurias, y no tenia ningun cariño á su país, al que envileció y sacrificó para procurarse dinero y placeres. Tuvo hijos de cinco queridas, y se casó con Ana, hija del canceller Hyde; luego con otras después de ella, mostrándose siempre voluble: concluyó por dejarse dirigir por la hermosa Luisa de Kerhoalt, á la que hizo duquesa de Portsmouth. La desgracia le habia echado á perder en lugar de aleccionarle, y llevó al trono el epicurismo gastado, propio de los tiempos que suceden á las revoluciones. Sin malas intenciones, pero poseido de fastidio y más sensual que depravado, no creyó ni en el bien ni en el mal, ni supo lo que era virtud ó vicio; libertino, gran bebedor, se sirvió de los cortesanos y de las mujeres como de juguetes; quiso disfrutar de todo porque no sabia fijarse en nada; reirse de todo, no por grande ironia, sino por ligereza. En fin se ha dicho de él que nunca dijo una necedad, ni hizo una cosa sensata. Viendo á un hombre en la picota, por haber compuesto una sátira contra los ministros: *¡Imbécil!* exclamó, *¿por qué no la escribió contra mí? no le hubieran hecho nada.* Consideraba el disimulo como el verdadero principio

del arte de reinar: así fué que siempre existió una eterna desconfianza entre él que creia que sus súbditos querian la república, y éstos, que temian que quisiese violar las franquicias nacionales.

La frugalidad que habia estado en moda durante la república, hizo aumentar las riquezas, á las que el comercio procuró un empleo ventajoso; pero cuando se encontró libre de esta austeridad, siguióse á ella la relajacion de las costumbres. Precisados los caballeros á afectar virtud con los rígidos republicanos, se indemnizaban entregándose á la licencia; de vuelta la aristocracia del extranjero ó habiendo abandonado sus retiros, trató de olvidar un pasado triste en medio de fiestas y placeres; el lujo pasó por un indicio de contento, lealtad y fidelidad monárquica. Habiendo tranquilizado el tiempo las ardientes imaginaciones, que la religion y guerra civil habian exaltado, el espíritu francés era superior al nacional en personas cansadas de vanos ensayos, debilitadas por el contacto de tantos crímenes. Vistióse á la francesa, se leyó y se habló en francés. Dryden no es un poeta, sino un artifice de hermosos versos, y no hay en aquella época filósofos en Inglaterra hasta Locke, hombres de genio hasta Fox. Clarendon es sonoro, pero sin fondo, todó subterfugios, equívocos y falso talento. Olvidado el teatro de Shakspeare, imitó los inspidos amores de la escena francesa, como la corte imitaba los vicios de Luis XIV. Enrique VIII, Isabel y Cromwell habian hecho á la Inglaterra confiada y hasta arrogante con su propia superioridad, pero Carlos II se resignaba á la política de Francia.

La mayor traba de los reyes de Inglaterra procedió siempre de la religion, teniendo todos que resignarse á ser injustos con una parte de sus súbditos para gobernar á la otra. Cárlos II permaneció incierto, y descontentó á todo el mundo. Después de haber prometido la libertad de conciencia restableció el juramento á la iglesia constituida, que permanecia siendo la episcopal. Negaronse á él los presbiterianos, y lo menos dos mil ministros renunciaron sus beneficios (1662): renováronse, pues, las persecuciones y con ellas el fanatismo. Los ministros anglicanos, que habian predicado siempre la omnipotencia real, demostraron entonces que no se debia obedecer al rey, sino dentro de los límites de la ley. Cárlos se inclinaba á los católicos, pero sin resolucion; y si conservaba á algunos en los empleos, alegaba absurdas razones. Lejos de protegerlos en Irlanda contra los protestantes, tomó su parte del botin que se les hizo. La Escocia participó tambien sus venganzas; fué abolido todo lo que se habia hecho en veinte y ocho años, se restableció la iglesia episcopal, y los obispos obtuvieron plenos poderes. Furiosos los presbiterianos, sobre todo los que seguian á Ricardo Cameron y se titulaban ejército de Israel, levantaron el estandarte de Jesucristo, y escomulgaron al rey. Habiendo perecido Cameron en una batalla en Airmoss, emprendió Cargirll vengar su

muerte; pero el duque de York consiguió someterle; los jefes murieron con intrepidez, antes que decir: *¡Dios salve al rey!* Cárlos II hizo restituir á la Escocia sus archivos; pero en la travesia naufragó el barco que los llevaba, procediendo de esto la escasez de documentos.

Cuákeros. — Acababa de surgir una nueva secta además de las que ya existian. Jorge Fox, hijo de un tejedor de Leicester, guardando ganados, se entregó á la meditacion, lo que le hizo taciturno, dócil y laborioso. Agitado primero con dudas, á los diez y nueve años se sintió embriagado de dulzuras espirituales; en una vision oyó que le aseguraban que su nombre estaba inscrito en el libro de la vida, y elegido por Dios para reformar el mundo. De costumbres incorruptibles, sin poseer el don de la palabra, pero inspirado por la Biblia, se dedicó á predicar; encontró prosélitos porque era atrevido y violento, y persecuciones, porque trastornaba al culto é insultaba á los magistrados. Nueve veces estuvo preso; pero sedujo á muchas personas, sobre todo entre los anabaptistas y los independientes. Como dijese un dia á un juez, ante quien comparecia: *Tiembra delante de la palabra de Dios*, se llamó por ironia á sus sectarios los tembladores (*quakers*). Segun ellos, Dios se manifiesta, por un efecto interior, á todo el cristiano que aguarda la venida del Espíritu Santo. Desprecian, pues, toda la Iglesia fundada en la palabra inanimada. De continuo en relacion con el Ser supremo, deben menospreciar las cosas de este mundo, y aspirar á una perfeccion que condena hasta los actos más inocentes en sí mismos; se niegan á prestar servicio militar, á pagar diezmos ó contribuciones para el sosten del culto; no reconocen ninguna distincion de clases en la sociedad. Se hacen notar por el grande afecto que se tienen, por una moral que somete los menores actos á una regla severa, y por la calma, la piedad y la tranquilidad de espíritu. Si se les multa, porque no quieren prestar juramento, ni reconocer á los magistrados, sufren las multas, las prisiones, el azote, resignándose y orando. Puestos en libertad, vuelven á sus conventículos; condenados á multas no las pagan; siempre tranquilos, tutean á los magistrados como á los demás, y hasta al mismo rey, sin quitarse el sombrero delante de nadie.

Habiéndose refugiado á la Nueva Inglaterra, fueron perseguidos allí por los congregacionistas, fugitivos tambien de la intolerante Europa: la crueldad con respecto á ellos llegó hasta condenarlos á muerte, porque desobedecian la prohibicion de presentarse en Boston.

Hizo su secta una importante adquisicion en la persona de Guillermo Penn, hijo del almirante de este nombre. Como se habia dedicado á declamar contra la iglesia dominante de la Inglaterra, su padre, con objeto de distraerle, le envió á París, donde en efecto contrajo gustos frívolos; pero habiéndose dedicado á su vuelta á la administracion de algunos bienes en Irlanda, se reanimó su ardor

oyendo nuevos sermones; de tal manera, que se dedicó a la predicación, la que produjo aplausos y persecuciones. Cuando heredó los inmensos bienes de su padre, obtuvo del gobierno en cambio de un crédito 400,000 francos, la propiedad del país americano del Delaware, que existe entre los 40° y 42° de latitud septentrional, con el poder legislativo y ejecutivo bajo la soberanía de la Inglaterra. Habiéndose embarcado para aquel país, compró a los indios, por respeto a la propiedad, el territorio que le había concedido la Inglaterra, y contrajo amistad con las colonias vecinas y con los naturales. Casi todos los cuáqueros se reunieron en lo que él llamó la Pensilvania: entonces dió a los nuevos colonos que habían ido con las condiciones prescritas, un código lleno de sabiduría, fundado en una libertad religiosa sin límites, y en una seguridad perfecta contra todo poder arbitrario, siendo admitidos los ciudadanos a formar parte del gobierno sin prestar juramento, sin soldados y sin iglesia dominante.

Carlos II usó también alternativamente con los cuáqueros de rigor y tolerancia, haciendo descontentos con uno y otro procedimiento. No había agrado verle desposeer a multitud de ciudadanos que durante la Revolución habían adquirido de buena fe bienes confiscados. Había producido irritación el que hubiera concedido la libertad religiosa, y que el duque de York, su hermano y heredero presuntivo, después de haberse hecho católico, se hubiese casado con una princesa de Módena; las gentes religiosas se indignaban del escándalo de sus costumbres. Lo que sobre todo disgustaba a los ingleses es, que no contentos con las considerables sumas votadas generosamente por el parlamento que perpetuó el *accise* (los impuestos), tendía la mano al oro de Luis XIV, que le trataba como a un estipendiado y le había vendido a Dunkerque, adquirido por Cromwell, y considerado como una indemnización de la pérdida de Calais. Luis XIV, que conocía el oficio de rey, debía naturalmente ser hostil a la revolución inglesa, y conociendo cuán contagioso es el ejemplo, ver con inquietud la disciplina romana de la que era heredero, destruida por el principio contrario de la libertad individual, de las asambleas deliberantes y del equilibrio del poder. Trató, pues, de hacer que Carlos se declarase católico; y hasta se pretende que se pusieron de acuerdo en un tratado secreto, para establecer en Inglaterra la religión y el gobierno de la Francia.

Para secundar Carlos II al monarca francés, declaró la guerra a la Holanda, aunque aparentando no ceder más que al deseo de la nación, a la cual causaba recelo el engrandecimiento de los holandeses en la India y en Africa. El duque de York, que le había inclinado a ello para presentarse como gran almirante, envió en su calidad de jefe de la compañía de Africa a apoderarse de la isla de Gorea (1664), de los fuertes holandeses en Guinea y de gran número de barcos, después mandó fuerzas a América para ocupar los nuevos Paí-

ses-Bajos. Pronto acudió Ruyter para vengarse de los ingleses; pero mientras que ejercía terribles represalias en las Indias occidentales, el duque de York capturó ciento treinta buques mercantes holandeses a su salida de Burdeos, y un rico convoy procedente de Esmirna.

Cuádruple alianza.—En la violenta guerra que estalló, la Holanda tuvo al principio la peor parte, pero cuando fué sostenida por la Dinamarca, por el elector de Brandeburgo, por el duque de Brunswick-Luneburgo, y por la firmeza del gran pensionario de Wit, recobró su dignidad, y la victoria de Dunkerque inmortalizó a los almirantes Ruyter y Tromp. La paz de Breda (1667) conservó a cada una de las potencias lo que había adquirido.

Para sostener aquella guerra, suspendió Carlos II el pago de los intereses que se debían a los banqueros que habían adelantado las sumas votadas por el parlamento, lo que produjo el descrédito y la ruina de muchas personas. Para aumento de males se desarrolló la peste con tal violencia (1666), que perecieron en Londres diez mil personas cada semana. Apenas comenzaba a reponerse la ciudad de los males sufridos, cuando estalló un terrible incendio. Soplaban un viento muy fuerte, y como el corregidor no se atrevió a mandar derribar sin el consentimiento de los propietarios las casas, que en su mayor parte eran de madera, pronto una columna de fuego de una milla de circunferencia se extendió a ochenta y nueve iglesias, incluso la de San Pablo, abrazando todo el espacio comprendido entre la Torre el Temple, con trece mil doscientas habitaciones y veinte y seis almacenes. Doscientos mil ciudadanos quedaron sin asilo. El vulgo atribuyó este desastre a los holandeses, los puritanos a los católicos, los realistas a los republicanos: se habían visto a veinte mil personas, decían, que lanzaban antorchas encendidas, y asesinaban a los ingleses. Los que se llevaban sus efectos para salvarlos, los que acudían a apagar el fuego ó se presentaban armados para defenderse, eran tenidos por salteadores ó incendiarios, perseguidos y muertos; y en el solar de la panadería donde comenzó el fuego, se erigió el *Monumento* que atribuye el crimen a los papistas (1).

Todo esto indisponía los ánimos contra el rey; el parlamento, sometido en otro tiempo, comenzó entonces a resistirse. Clarendon, primer ministro de hecho, aunque no de nombre, y que temiendo al gobierno popular, sostenía en lo que le era posible la prerogativa real, aunque reprendiendo a la corte con una severa justicia, cayó entonces en desgracia, y se fué a vivir al retiro, donde escribió sus *Memorias*; obra verbosa, exacta, pero agradable, que ofrece la principal fuente de los datos que

(1) Cuando el incendio de Hamburgo, en 1842, único que se puede comparar con el de Londres, la población se desencadenó contra algunos negociantes ingleses, como autores de aquel horrible desastre.

deben consultarse sobre aquel período. Tuvo por sucesores a ministros más malos que él, llamados por el pueblo la *Cábala* por la reunión de las iniciales de sus nombres (2). El nuevo parlamento obligó a Carlos II a adoptar el bill del *Test*, especie de prueba a la cual debía someterse todo oficial público, civil ó militar. Consistía en prestar juramento de obediencia de reconocer la supremacía real, en recibir la eucaristía y no creer en la transustanciación. Los que se negaban a ello tenían que pagar una multa de quinientas libras, no podían testar en juicio, ser encargados de una tutela, ni aceptar legados ó donaciones. Dirigiase, pues, esta ley contra todos los católicos.

Ashley Cooper, después lord Shaftesbury, había pasado del ministerio a la cabeza de la oposición; hombre violento y entusiasta, sembró dudas sobre la religión del rey, circulando que él y el duque de York se habían unido a la Francia para destruir la iglesia nacional. Pidióse, pues, que todo militar que no se sometiese al *Test* quedase excluido del ejército (3).

Vióse después, cuando lo de Tito Oates, cuán crédulos hace el terror a los pueblos. Aquel hombre que no era nada, unas veces, católico, otras protestante ó anabaptista, recogido un poco de

(2) Clifford, Ashley, Buckingham, Arlington, Lauderdale.

(3) Véase cómo se espresa el caballero Temple, nombrado entonces embajador de Inglaterra, en el Haya:

«Tuve ocasión en una larga audiencia que me dió el rey en su gabinete, de hacer reflexiones sobre los consejos y sobre el ministerio de la *Cábala* representando a su majestad cuán pernicioso era el consejo que le habían dado de romper los tratados y convenios hechos con tanta solemnidad; cuánto daño le habían causado las murmuraciones producidas por aquella negociación entre el pueblo, que en alta voz había reprobado semejante modo de obrar; añadiendo que había producido además graves sospechas contra la Corona. Contestóme el rey que en verdad no había conseguido su objeto; pero que si hubiese sido servido convenientemente hubiera sacado gran partido de este asunto, y añadió otras cosas para justificar lo que había sucedido. Tuve, pues, el sentimiento de conocer que el rey podía adoptar los mismos medios; y me vi, pues, obligado a penetrar hasta el fondo de la cuestión. Le hice ver que era difícil, por no decir imposible, establecer en aquel reino el gobierno de la Francia y su religión, en atención a que la nación repugnaba uno y otro; que muchas personas indiferentes tal vez en religión dejarían de serlo cuando pensasen en la necesidad de un ejército para cambiarla, pues verían que el mismo poder que hacía al rey dueño de la religión le haría también de sus libertades y bienes.

«Le dije que en Francia no había más clases considerables que la nobleza y el clero, y que cuando el rey podía atraerlos a sus intereses no quedaba ya nada que hacer; pues las personas del campo, por no tener tierras, no eran en el gobierno más importantes que las mujeres y los niños. Que la principal fuerza de la Inglaterra consiste, por el contrario, en el tercer estado, tan orgulloso por la comodidad de que disfruta, como el de Francia se encuentra avasallado por el trabajo y la miseria; que los reyes de Francia son poderosos por las grandes posesiones que

tiempo por los jesuitas por caridad, dirigió al parlamento una denuncia, en la que decía que el papa había declarado propiedad suya a la Inglaterra; que se debía, para apoderarse de ella, dar muerte al rey; que ya los católicos estaban dispuestos a empuñar las armas para desembarazarse de los protestantes, hacer el rey al duque de York vasallo del pontífice, y al jesuita Oliva virey, dando los demás empleos a sus favoritos. Añadiase que con este objeto se había prendido el fuego por los jesuitas en 1666.

Tan loca era la acusación, que el rey no prestó atención a ella; pero el duque de York pidió que se instruyese el proceso con objeto de castigar al calumniador. Entonces Oates supo dar tan buen colorido a la cuestión, ayudado además por accidentes particulares y por la intolerancia, que consiguió hacerse creer; el mismo rey no se atrevió ya a reirse en público; y por declaración de gentes despreciables y llenas de absurdos, muchas personas fueron presas, entre otras cinco lores, varios jesuitas y el vizconde de Strafford, de edad de sesenta y nueve años. Enjuiciados los acusados sostuvieron la negativa; la tiranía de las leyes los determinó a disimular peligrosas circunstancias, que al ser descubiertas, se les consideró como suficientes indicios de culpabilidad, y murieron protestando no saber nada, escepto un proyecto que hubiera tenido por objeto obtener del rey la tolerancia religiosa: los demás, con objeto de alejar de ellos la sospecha de papismo, iban a porfía en el creer y condenar.

El espanto y el odio hicieron dar crédito a horribles absurdos: Oates acusó hasta la reina, pero

tienen, y por la multitud de empleos civiles, eclesiásticos y militares de que pueden disponer, mientras que teniendo los reyes de Inglaterra muy pocos empleos que distribuir, y habiendo renunciado a los bienes que poseían en otro tiempo, no se encuentran ya en estado de formar un ejército, y aun menos de sostenerle sin el socorro de sus parlamentos, y hacer la guerra a sus vecinos. Aun cuando tuviese en pie un ejército era verosímil que si estaba compuesto de ingleses, no ayudaría nunca a proyectos odiados ó temidos del pueblo; que no componiendo los católicos romanos más que una centésima parte de la nación en Inglaterra, y dos centésimas en la Escocia, no parecía posible, sin ofender el sentido común, pretender gobernar con un hombre a noventa y nueve de diferentes opiniones y caracteres.

«Con respecto a tropas extranjeras, si eran en corto número serían inútiles, y fomentarian el odio y el descontento: en grande, sería difícil procurárselas, hacerlas pasar a Inglaterra y sostenerlas. Para subyugar la libertad de la nación y domeñar el orgullo de los ingleses se necesita tener por lo menos en la mano sesenta mil hombres. En efecto, los romanos tuvieron que sostener para ello doce legiones en el país, los normandos setenta y dos mil hombres. Cromwell había dejado a su muerte ochenta mil...»

«Aunque el rey mostró en un principio impaciencia, me escuchó atentamente hasta el fin, y me dijo que tenía razón en todo; poniendo después su mano sobre la mía, añadió: *Quiero ser el hombre de mi pueblo.*»